



CONCLUSIONES

EL BICENTENARIO, UNA TAREA CULTURAL

¿Por qué el Bicentenario es una oportunidad privilegiada para dialogar sobre la existencia colectiva de los chilenos? Ciertamente se trata de una fecha simbólica que recuerda el nacimiento de Chile como país independiente. Hace doscientos años el país no se había puesto a la tarea de darle a sus formas de convivencia un rostro propio y autónomo. Este rincón apartado del continente era parte de un imperio. Las normas y formas de convivir y de ordenar la vida colectiva no dependían sino muy parcialmente de sus habitantes. La Colonia dejó su impronta, pero la Independencia es el momento en que los chilenos se propusieron decidir por su cuenta y riesgo el Chile que querían ser. En ese instante decidieron, con mayor o menor conciencia en los actores de la época, construir su identidad y definir un Nosotros. Desde ese momento la nación chilena se transformó en una tarea permanente, cambiante, desafiada por factores externos e internos. Por ideas, valores e imágenes que se construyeron entre todos o que se adoptaron de afuera. La nación pasó a ser la biografía con que cada chileno se describió a sí mismo. Los logros y los fracasos han sido el resultado de los propios esfuerzos y conflictos. Estos últimos, efecto a veces de la intolerancia, de las diferencias o de la incapacidad para ponerse de acuerdo. Los primeros, hijos de la creatividad, del esfuerzo compartido y del sacrificio.

UN CHILE DIVERSO, AMBIVALENTE Y FRAGMENTADO

Al recordar los doscientos años de la Independencia los chilenos se ven enfrentados, pues, a ellos mismos. Su futuro dependerá de la manera como perciban la imagen que les devuelve el espejo y de la manera en que renueven el desafío de ser ellos mismos.

Pero, ¿qué se percibe? Importantes logros, pero también ambivalencia, diversidad y fragmentación.

Chile ha cambiado. A los aportes de su herencia, a veces vitales, otras desgastados, se suma ahora una avalancha de rasgos y actitudes nuevas. Resulta una diversidad difícil de confluir en un denominador común. En el espejo se refleja una imagen ambivalente; sus contornos cambian según la perspectiva con que se la mire. Desde un lado se aprecian trazas de una fuerte y sólida identidad nacional. Pero desde otro lado, desde la memoria reciente, se vislumbran recuerdos de un país que se siente humillado por sus propios conflictos violentos u odios irreconciliables. A veces, “Nosotros los chilenos” se describen orgullosamente como acogedores y amigables. Como un país que funciona y progresa. En otras ocasiones, las del abatimiento, como flojos y dejados, sin respeto por los demás, chaqueteros y envidiosos. A ratos, como un pueblo valiente y aguerrido, pero en otros como un pueblo apocado y sin personalidad. Recordando epopeyas nacionales se afirma la existencia de una nación unida e integrada, y en otras circunstancias se piensa que Chile es un país que se engaña a sí mismo pues calla la parte oscura de su historia.

La ambivalencia es, en parte, el resultado normal de las transformaciones. Las turbulencias han removido el fondo y aún no se logra ver clara la figura que emergerá. Pero es mucho más que eso, y también más problemático. Como se ha mostrado, el imaginario colectivo del Nosotros está debilitado seriamente. Y los imaginarios fragmentados y ambivalentes que resultan de las diversas experiencias del cambio son difíciles de recomponer en una imagen común.

CHILE NECESITA UN IMAGINARIO COLECTIVO

Chile pudo nacer a la vida independiente porque se imaginó a sí mismo como autor de su destino. Las circunstancias han cambiado. Son otros los actores, otras las exigencias, otros los recursos. Pero no cambia el desafío: para apropiarse de las oportunidades del futuro Chile requiere una imagen de sí mismo como comunidad deseada y posible.

Sin lugar a dudas la idea de Chile convoca aún sentimientos de pertenencia en grupos importantes de la población y, en momentos especiales, a gran parte de ella. Una elección presidencial, el 18 de septiembre, un partido de la selección provocan emociones compartidas. El Informe revela, sin embargo, que la presencia de una diversidad disociada de los imaginarios de país es el hecho predominante hoy. Con todo, sería erróneo pensar en ello como en un destino fatal. No se trata de un juego del todo o nada. Así como no existe una identidad constituida por una esencia atemporal, homogénea y permanente de lo "chileno", tampoco existe un vacío definitivo e irre recuperable del sentido de Nosotros. Chile es una tarea permanente.

Hoy no se puede abandonar la tarea de forjar un proyecto de país sin arriesgar las oportunidades que trae el futuro. Se requiere de un imaginario colectivo. Lo requiere el Desarrollo Humano como horizonte normativo. Para ser actor de sus oportunidades el país necesita un horizonte de futuro que diseñe el bienestar común que desea. Y requiere de una imagen de sí mismo, de las herencias, capacidades, limitaciones y potencialidades que lo habilitan como realizador de ese horizonte. Como lo señaló el Informe del 2000, el Desarrollo Humano supone aspiraciones colectivas y una imagen positiva de las capacidades de la sociedad para alcanzarlas.

Pero se precisa también de un imaginario colectivo para hacer frente a los desafíos del presente. Este Informe muestra que la ausencia de un imaginario común genera tendencias que debilitan a la sociedad. Sin él, los procesos de individualización carecen de referentes para entrelazar-

se unos con otros. Las biografías se vuelven solitarias y la vida colectiva una fuente de inseguridad más que de complementación. Con ello pierden los individuos y pierde la sociedad toda. Sin imágenes de país, sin una experiencia práctica pero también simbólica de ser parte de un Nosotros, es muy difícil fundar tramas sociales fuertes. El capital social, cuya importancia para el Desarrollo Humano fue tema central del Informe 2000, no depende sólo de la fortaleza de las organizaciones sociales, sino de manera especial de la verosimilitud de un imaginario de Nosotros.

Finalmente, sólo una sociedad fuerte e individuos con sentido de pertenencia colectiva pueden desarrollar significados y valores sociales. La fuerza de los valores depende del grado en que una sociedad está dispuesta a reconocerlos como parte de sí misma, y a defenderlos. Así como no hay ética personal sin un fuerte sentido de individualidad, no hay ética social sin una imagen deseada del sí mismo colectivo. Los valores públicos son expresión del cariño que una sociedad se tiene. Esto tiene una doble consecuencia de cara a los desafíos del presente. Por una parte, permite controlar los efectos del privatismo sobre la vida común. Fenómenos como la corrupción o la delincuencia son incontrolables en contextos de debilidad de los referentes colectivos. Por otra, los valores públicos son una referencia para la limitación de la tendencia de los sistemas e instituciones a situarse a sí mismas como objetivo exclusivo de su actuar. Como se ha insistido en este informe, la tendencia de las organizaciones modernas a rechazar todo criterio exterior a sí mismas para la definición de sus prioridades es una de las causas más importantes del debilitamiento de la subjetividad colectiva.

La construcción de un imaginario de país es antes que nada una tarea cultural. Cultura es eso, preguntarse y comprender la propia convivencia, las experiencias compartidas, las diferencias que dividen, y especialmente darle forma a la aspiración de convivir gracias a la pluralidad de historias y modos de vida. Hoy esta tarea cultural se ha vuelto problemática. Al reconocer que la diversidad puede derivar en fragmentación se comprende la



urgencia del desafío cultural que Chile tiene por delante. Al Desarrollo Humano en Chile le urge la cultura. Están en juego las maneras en que las personas se constituyen en sujetos del proceso de desarrollo, de sociabilidad y de una sólida democracia.

¿TIENE SENTIDO HABLAR DE CULTURA EN UNA ÉPOCA DE GLOBALIZACIÓN?

El Bicentenario coincide con un cambio de época en todo el planeta. La globalización está transformando la vida cotidiana de manera profunda en todas las latitudes. Es también un proceso cultural y está creando dinámicas inéditas en ese ámbito. Frente a esa realidad irrevocable se podría, con razón, preguntar si tiene sentido hablar de un imaginario de país en una época de globalización.

Para algunos, el tema de la cultura es apenas un desvarío nostálgico de sociólogos o antropólogos y a veces de historiadores. La cultura tendría poco que ver con los nuevos desafíos que importan: la economía, las relaciones internacionales, la vida de las empresas, la tecnología, entre otros. En un mundo donde circulan sin fronteras los produc-

tos, los gustos, las ideas y valores, lo nacional y sus bases culturales estarían cayendo sistemáticamente al precipicio de lo irrelevante. Es cierto, la globalización crea nuevos problemas globales; las respuestas, sin embargo, seguirán dependiendo de lo que puedan hacer comunidades concretas amparadas en sus potencialidades específicas. La siguiente anécdota sirve de ejemplo. En cierta ocasión, Alan Greenspan se mostró muy optimista en relación con el establecimiento del capitalismo en Rusia. Mal que mal, el hombre es naturalmente capitalista, pensaba. Pocos años después, el desastre de la economía rusa lo llevó a concluir que no existía tal “naturaleza” y a reconocer que lo importante en ese país era saber darle expresión a su base cultural tan rica y variada si se quería tener algún éxito en la economía (Harrison y Huntington, 2000).

Nadie duda que la globalización está desarticulando la significación del estado-nación que rigió en el mundo como un principio central del orden internacional desde el siglo XIX en adelante. Pero aquellos que dudan de la significación de la cultura en el nuevo contexto parecen olvidar también la historia reciente. Es precisamente en este período cuando se han visto emerger una enorme multiplicidad y variedad de estados nacionales: recuérdese tan solo que Naciones Unidas acoge más de 180 estados miembros. Pocas veces como ahora han surgido con renovada fuerza las identidades de las diferentes etnias y pueblos originarios. Se ha revalorizado la importancia de mantener su diversidad. Lo que antes se creía ver desaparecer hoy se valora como la riqueza de la humanidad. Más aún, países que pretendieron por décadas transformarse en grandes estados unitarios sucumbieron a la diversidad de sus realidades culturales internas. Unos las resolvieron con soluciones exitosas, como el caso español. Otros han sido menos afortunados, como la ex Unión Soviética.

La coexistencia de la eclosión de la diversidad con las tendencias a la homogeneización es un asunto problemático; la globalización tiene en él su propio desafío cultural. Lo importante es reconocer que la solución de ese desafío es inseparable de la forma en que cada país o etnia resuelva el suyo. La

globalización no anula la urgencia de un proyecto de país en Chile, más bien lo vuelve doblemente urgente: por la propia convivencia y por la necesaria incorporación en la comunidad global.

LA CULTURA DESPUÉS DE LOS ACONTECIMIENTOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE DEL 2001

Pocas veces las tensiones culturales de la globalización han estado tan presentes en la conciencia mundial como después de los sucesos del 11 de septiembre en Washington y Nueva York. Al dolor e impotencia frente al inédito desprecio de la vida humana se sumó la preocupación por las consecuencias perversas que podría provocar una mundialización poco consciente de sus desafíos culturales.

Las relaciones comerciales y financieras se han mundializado en forma vertiginosa, uniendo países y regiones del planeta. Muchos vieron en ello, por fin, el camino a la comprensión y la paz. La caída de fronteras de todo tipo abriría el campo a relaciones múltiples entre países de culturas y tradiciones muy diversas. De la mano de ellas surgiría una “Aldea Global”, espacio de encuentros, intercambios y conversaciones no limitadas por diferencias arbitrarias.

Tal vez el justificado optimismo no permitió ver las consecuencias de dos hechos aparentemente sen-

cillos. Uno es que la pérdida de las identidades heredadas genera inseguridad. Lo recuerda el Informe mundial de Desarrollo Humano de 1994: “La mayor parte de la población deriva seguridad de su participación en un grupo, una familia, una comunidad, una organización, un grupo racial o étnico que pueda brindar una identidad cultural y un conjunto de valores que puedan dar seguridad a la persona” (PNUD, 1994). La globalización crea trastornos en las identidades culturales. Pasar por alto este hecho puede abrir las puertas a las expresiones más violentas de los sentimientos de inseguridad colectiva.

El otro hecho es que esa inevitable inseguridad cultural puede mitigarse a la luz de las oportunidades concretas que brinda la globalización y su representación como imaginario de futuro. Pero hay que reconocer que hasta ahora la globalización como promesa de futuro es una representación endeble. Conducida por corporaciones multinacionales muy diferentes en sus objetivos y a veces en férrea competencia entre sí, la construcción de la globalización como horizonte común deseable es una tarea postergada. Más fuerte ha sido la conciencia de que genera nuevas y más profundas desigualdades. La globalización es un hecho cultural que provoca transformaciones en la cultura; enfrentarlas tomando en cuenta las necesidades de las subjetividades personales y colectivas forma parte de su imponente desafío cultural.

ALGUNOS TEMAS CLAVES PARA TENER EN CUENTA

Preparar el Bicentenario es dar curso a una gran conversación ciudadana. Esa conversación, sin embargo, será más fructífera si toma en cuenta algunas circunstancias del presente y algunas tendencias previsibles del futuro. Ya no puede pensarse un proyecto de país en los términos empleados con ocasión del Centenario. Los valores que lo inspiran serán los mismos: autodeterminación, libertad, igualdad, solidaridad, progreso. Pero los modos de pensarlos y realizarlos deben adecuarse al nuevo contexto nacional e internacional. Para no pecar de ingenuo, el debate debería considerar las tensiones generadas por los cambios cultura-

les. A modo de ejemplo, algunas preguntas insinúan las encrucijadas del camino.

Primero, la vida de las naciones se ha globalizado. Más allá de sus múltiples implicancias, la globalización redefine aspectos básicos de la nación. Mientras que el estado ha de compartir la soberanía nacional, otros actores e instituciones se vuelven relevantes en la configuración de la vida social. Muchos de ellos traspasan las fronteras nacionales. Entonces, ¿quiénes deberían ser tomados en cuenta, hoy en día, como participantes de un proyecto de país? ¿Cuál sería la noción de soberanía en la

cual fundar sus derechos y responsabilidades?

Segundo, las personas suelen tener una individualidad más autónoma que antes. Es decir, sus identidades no están definidas de antemano por los valores y hábitos que hayan establecido las autoridades tradicionales: el estado, las iglesias, los partidos políticos o las clases sociales. En el futuro, esa autodeterminación del individuo, que combina los más diversos elementos para construirse a sí mismo, se verá favorecida por la oferta diversificada de sentidos y símbolos que brinda una cultura del consumo. Ante la variedad y fugacidad de las señas de identidad, ¿a qué sentimientos de pertenencia se podrá apelar entonces para convocar a las personas a ser parte de un proyecto colectivo?

Por lo demás, se ha visto que muchas personas carecen de los recursos materiales y subjetivos para aprovechar las oportunidades de “ser sí mismo”. La frecuencia con que ellas sufren procesos de privatización y de conformismo oportunista revela que la autonomía individual no es una meta asegurada. Es más, dinámicas sociales como la flexibilización impulsan un “individualismo negativo”. Considerando que la organización de la sociedad chilena tiende a fomentar una retracción privatista, ¿cómo fortalecer la dimensión social de la individualización?

Tercero, el mercado seguirá desempeñando un papel central en la asignación de los recursos sociales y, por lo mismo, en la definición de las jerarquías y prioridades de la sociedad. Pero se ha visto que el mercado tiende a tomar su “lógica” interna por un fin en sí mismo. Cuando el mecanismo de mercado se cubre con el halo de un orden natural, se debilitan las capacidades individuales y colectivas de moldear el ordenamiento de la vida social. Y la sociedad chilena se vería inhibida de afirmar un principio estrictamente social de los fines y las prioridades del país. Este es otro reto que habría de enfrentar un proyecto de país: ¿cómo compatibilizar la definición de los objetivos sociales con la autorregulación de los sistemas funcionales?

Cuarto, el mundo actual es ya una red de infor-

mación y comunicaciones planetarias que modifica sin cesar los modos de relacionarse de la gente. Con el poder de las nuevas tecnologías y la industria audiovisual se expande una cultura de la imagen. Tanto las identidades como las visiones de mundo se construyen sobre la base de imágenes. De este modo, se asiste a una fabulosa aceleración del tiempo y una creciente fragmentación de los relatos. Ambas características de una cultura de la imagen –flujo y fragmentación– afectan el imaginario de país. ¿Cómo puede formularse y representarse un proyecto de país que sea durable en medio de tal aceleración? ¿Cómo asegurar su coherencia ante lenguajes tan diversos?

Quinto, las experiencias subjetivas que tengan las personas en su vida cotidiana adquieren una importancia central. La vivencia directa, las percepciones y emociones “en vivo”, vienen a ser el principal argumento para validar las decisiones personales. Por el contrario, suscitan dudas los criterios generales de racionalidad y legitimidad. La realidad social parece escapar a las normas universales y diluirse en cambio en una infinitud de experiencias individuales. ¿Es posible afirmar significados colectivos y racionalidades públicas y a la vez reconocer la experiencia subjetiva individual?

Sexto, las mediaciones entre los individuos, así como entre el individuo y el conjunto de la sociedad, se han vuelto más fluidas. La televisión es un ejemplo del carácter tenue y tentativo que puede adoptar la mediación entre lo individual y lo social; entre lo local, lo nacional y lo global; entre el pasado y el futuro; entre la lógica de los sistemas y la subjetividad personal. Dicha tendencia impide concebir el país en términos centralistas y homogéneos y considerar el proyecto como una perspectiva única y monolítica. Pero no elimina la necesidad de articular los diversos planos. Asumir la diversidad de Chile implica hacerse cargo de la sociedad como proceso de contención, mediación e integración de las diferencias. Frente a una creciente diferenciación, ¿cuáles son las capacidades para traducir y los mecanismos para convertir lo diverso en un orden plural?

UNA CONTRIBUCIÓN A UN “PROYECTO PAÍS”

“Las reflexiones que motivó el Centenario estuvieron indudablemente en el origen de las políticas públicas que, en las décadas siguientes, contribuyeron a forjar un Chile más moderno, más justo y democrático. (...)”

El pasado 21 de mayo, hice una invitación a todos los chilenos y chilenas: trabajar en el gran proyecto común de llegar al Bicentenario como país desarrollado.

Ricardo Lagos, marzo 2001.

La convocatoria del Presidente de la República a impulsar un proyecto de país en la perspectiva del Bicentenario de 2010 es un doble llamado a todos los chilenos. Convoca a todos porque, como se dijo, el país sólo goza de una diversidad creativa cuando el Nosotros incluye a los Otros. Pero es, además, una convocatoria a todos los ciudadanos en el sentido de que un proyecto de país nada tiene que ver con un “modelo” único y excluyente. Un proyecto de país no puede ser sino una empresa colectiva a la cual contribuyen el estado y la sociedad civil, la empresa privada y las organizaciones sociales, las asociaciones gremiales y el mundo académico. Hoy en día, un proyecto de país ha de pensarse como una red –mejor, una red de redes– y, por lo tanto, como una obra plural, en todos los colores.

El presente Informe pretende ser una contribución a este proceso de interrogación, reflexión y discusión. Desde el punto de vista del Desarrollo Humano, y sobre la base de diversos estudios empíricos, el documento ofrece un diagnóstico de algunas dimensiones culturales del proceso social chileno. En este acápite se sugieren algunos ámbitos a considerar en la construcción de un proyecto de país, así como algunos criterios generales para orientar la acción en ellos y ejemplos de su aplicación.

AFIANZAR UNA IMAGEN DE NOSOTROS

Un primer objetivo de un proyecto de país, acorde a las tesis del Informe, sería la conformación de un imaginario de “nosotros los chilenos” que permita a todos sentirse parte de un sujeto colectivo. Esa imagen de Nosotros es tan importante, según los resultados expuestos, porque representa una fuente de sentido, de experiencias y de valo-

res compartidos. Es en estas significaciones sociales compartidas que las personas encuentran un motivo y un respaldo para establecer lazos de confianza y cooperación. De este modo pueden mitigar los agobios que provoca la individualización. Además, les será más fácil acordar los fines sociales que deberían orientar y encauzar la racionalidad instrumental de los sistemas.

Un Nosotros global y local

La recomposición de una identidad nacional no puede suponer una desvinculación de los procesos de globalización. No hay autarquía posible ni nunca hubo una identidad chilena “pura”, que no estuviese “contaminada”. Hoy en día, en un mundo globalizado, “lo nuestro” se constituye en los múltiples hilos que entrelazan lo local, lo nacional y lo regional o global. El Nosotros no nace de la oposición a los Otros-extranjeros sino del mestizaje de fuerzas de muy diferente origen; una hibridación de tradiciones ancestrales con elementos de circulación global. En la actualidad, “lo propio” tiene que ver con “apropiación”, esto es, con la interiorización de bienes, estilos de vida e imaginarios “foráneos”, por así decirlo, que adquieren una nueva significación y adecuación a las dinámicas de la sociedad chilena.

Recordar que el Nosotros resulta de la confluencia de una diversidad de naciones, religiones y etnias resulta clave cuando, después de los actos de terrorismo del 11 de septiembre del 2001, muchos se ven tentados de replegarse en una “cultura nacional”, transformada en ciudadela asediada. El fundamentalismo –de todo signo– es el miedo a la diversidad que se repliega sobre las verdades absolutas y las identidades cerradas.

Una política del tiempo

Si el Bicentenario invita a preguntarse quiénes somos, el país ha de conversar acerca de los distintos caminos de donde venimos y discutir las diversas propuestas de a dónde vamos. El imaginario del Nosotros se conforma en la intersección de pasado y futuro. Nace de una historia y se realiza en un destino. El Nosotros existe cuando es duradero. ¿Cómo “producir tiempo” en una época que se caracteriza por la aceleración del tiempo y un fuerte presentismo? Con esta dimensión temporal se relacionan específicamente dos campos de acción. Por un lado, la política del patrimonio, entendido como todo aquello, tangible e intangible, que la sociedad chilena considera algo propio y que la diferencia de otras. Una política patrimonial no consiste sólo en la conservación y restauración de bienes y valores tradicionales, sino también en la actualización de las memorias. En tanto memorias activas, el patrimonio representa un tiempo social que trasciende a nuestros contemporáneos y abarca a quienes estuvieron antes y a los que vendrán después.

Por el otro parte, una política del tiempo debe generar horizontes de futuro. La relevancia política de esta tarea se torna evidente ante la desafección que tienden a exhibir muchos entrevistados de estrato bajo. En cambio, aquellas personas que disponen de una noción de futuro no suelen exhibir impotencia ni poseer conductas oportunistas. Crear horizontes de futuro ha sido una tarea central de la política; y debería serlo en la actualidad, cuando todo aparece devorado por el presente inmediato. Ahora bien, la producción política del futuro no se reduce a la programación de metas y plazos o a la proyección de tendencias actuales. Hace referencia a la construcción de perspectivas que permitan situar los fenómenos sociales en un contexto histórico. Un ejemplo fue, para los países europeos, la idea de Europa. Ella tuvo fuerza mientras encarnaba la imagen del Nosotros por hacer. Reducida a un pacto económico, ella dejó de motivar un sentido de pertenencia.

Una política del espacio

Los imaginarios colectivos suelen tener un anclaje espacial. La imagen de lo que somos “noso-

tros los chilenos” se va configurando en la convivencia social, y las formas de convivir arraigan en lugares determinados. A la inversa, la disgregación espacial de la convivencia parece debilitar la identidad colectiva. Un ejemplo sería Santiago, donde, según estudios realizados por el PNUD, la ausencia de un imaginario colectivo de la ciudad podría tener origen en una experiencia urbana muy fragmentada. El caso ilustra bien la dimensión cultural de las políticas públicas. El plan de reforma del transporte público en Santiago obedece a un conjunto de razones: racionalizar los recorridos de la movilización colectiva, facilitar el flujo vehicular, desincentivar el uso de vehículos particulares y disminuir la contaminación de la ciudad. Estas metas, tan relevantes para la calidad de vida en Santiago, no pueden alcanzarse sino con la colaboración de todos los vecinos. Ellos estarán dispuestos a cooperar, renunciando a conductas egoístas, en la medida en que perciben los objetivos y las medidas del plan como algo compartido y “nuestro”. Vale decir, en parte el éxito de esta política pública dependería de la fuerza que pueda insuflarle a la imagen de “nosotros los santiaguinos”. El ejemplo del imaginario urbano sugiere lo importante que puede llegar a ser una evaluación de las políticas públicas que integre el punto de vista cultural.

LAS PERSONAS DEBEN EXPERIMENTAR LA SOCIEDAD COMO UN ACTOR COLECTIVO

Un proyecto de país no sólo requiere un imaginario de Nosotros, sino, como segunda dimensión, que las personas tengan alguna experiencia de la sociedad como un actor colectivo. Ambos aspectos están relacionados. Los imaginarios colectivos configuran la mirada o el código interpretativo con el cual los chilenos “leen” y encuentran sentido a sus maneras de vivir juntos. Al mismo tiempo, las experiencias que ellos acopien en su convivencia cotidiana condicionan su visión de la sociedad. No existe, desde luego, una correspondencia mecánica entre experiencias e imaginarios. Pero cabe pensar en un condicionamiento recíproco. Para aquellas personas que viven diariamente situaciones de exclusión e impotencia, o

que han llegado a la convicción de que cada cual tiene que arreglárselas solo y como pueda, será difícil sentirse pertenecientes a un Nosotros. Por el contrario, el individuo se constituye como sujeto de sus actos y solidario con los demás cuando tenga experiencias exitosas de acción colectiva.

La experiencia de una sociedad que acota el alcance del “sistema”

Con cierta frecuencia, según las entrevistas realizadas, la gente se siente atropellada y devorada por lo que llama “la máquina”. Su sensación de desamparo parece disminuir, sin embargo, cuando percibe que forma parte de una colectividad que puede ponerle límites a ese “sistema”. “Poner límites” es un factor crucial cuando un sistema funcional (por ejemplo, el mercado) no dispone de un “freno” intrínseco que regule su expansión. En esos casos, su funcionamiento puede pasar a llevar la subjetividad de las personas. Y ello termina por perjudicar la operación eficiente de los propios sistemas. Al analizar esa dinámica, el Informe de 1998 había afirmado que el Desarrollo Humano del país requiere de una relación complementaria entre el despliegue de los sistemas funcionales y la subjetividad social. Es menester recordar esa dinámica por lo relevante que resulta para la gente percibir que ella puede poner coto a la “máquina”.

En este contexto debieran analizarse las políticas de reforma. Muchas veces, su éxito no depende tanto de la cantidad de recursos destinados a determinado objetivo como de su capacidad para motivar a las personas a involucrarse y hacer suya la tarea. Más allá de la meta concreta de la política pública, su éxito duradero radica en la motivación de la gente de ser sujeto del proceso. Hacer la experiencia de una sociedad capaz de conducir los procesos sociales es tanto más importante para las personas por cuanto muchas se sienten inermes frente a lo que perciben como “naturalización de lo social”. Donde los sistemas son considerados una especie de orden natural –y vividos como una “máquina” avasalladora– los individuos carecen de iniciativa creativa.

La participación social es un aprendizaje de acción colectiva

Un instructivo presidencial del año 2001 recalca la relevancia que tiene la participación



social y su papel crucial en las políticas públicas. El objetivo es subrayado también por los resultados del presente Informe. Recuérdese que uno de cada cinco entrevistados corresponde al tipo de “vecino utilitarista”. Es decir, una persona retraída a su entorno inmediato y molesta con el país, aunque se sienta “ganadora”. A pesar de su distancia de la política, este tipo de personas se interesa por su comunidad local y podría ser un vecino activo. Posee un potencial creativo que podría ser dinamizado con ideas que impulsen la participación local. Al promover la participación del “vecino utilitarista” en acciones colectivas, es más posible que abandone su “privatismo” y se sienta parte de la sociedad chilena y de su futuro.

La vida social presupone protección social

Los individuos no sólo aspiran a la “libertad de elegir”; también anhelan poseer la capacidad de llevar a cabo las opciones elegidas. Y esa capacidad individual guarda estrecha relación con las capacidades de la sociedad entera. Donde las personas no disponen de recursos sociales para realizar las oportunidades y contrarrestar los riesgos que conlleva el desarrollo de Chile, la autonomía

individual deviene frustración e impotencia. Y con tales sentimientos no se construye un proyecto de país. Esos individuos se sentirán chilenos en la medida en que sientan la presencia concreta de la sociedad en su vida diaria. Sólo si la sociedad chilena los reconoce y ampara se formarán a su vez una noción de país. El Informe ha destacado algunos ámbitos donde la desprotección social se hace sentir. Uno es la familia. Muchas personas se repliegan sobre la familia como último refugio del Yo frente a las exigencias de su vida cotidiana. En estas condiciones, para que la vida familiar no sea otra experiencia más de agobio e impotencia ha de contar con una red mínima de seguridad.

La protección social concierne, por sobre todo, a las condiciones materiales de vida. Empero, de lo anterior se desprende que la seguridad material debería verse acompañada de una protección emocional y afectiva. A lo largo del documento se ha visto la influencia que pueden llegar a ejercer sobre la convivencia social los sentimientos negativos acerca de Chile y el sistema económico. Cuando la mitad de los entrevistados declara que a pesar de los cambios todo sigue igual, la desilusión parece aludir tanto al desamparo emocional-afectivo como a las condiciones económicas. De hecho, se pudo constatar que la situación económica de la gente no guarda una correlación directa con su sociabilidad, ni siquiera con su autoimagen de ganador o perdedor. De allí que la preocupación por la seguridad social de los chilenos ha de abarcar los problemas materiales de la gente, pero también sus experiencias subjetivas.

FORTALECER EL VÍNCULO SOCIAL ES PRODUCIR SOCIEDAD

Individuo y sociedad son dos caras de la misma moneda. A propósito de los diversos “modos de vida”, el Informe ha mostrado las implicancias mutuas que tienen el proceso de individualización y la organización de la sociedad. Una individualización de tipo asocial tiende a fomentar una trama social atravesada por la desconfianza, mientras que una sociedad fragmentada suele favorecer conductas amorales u oportunistas. La relativa frecuencia del fenómeno obliga a reforzar la dimensión social

de la individualización. Espacios de socialización son, entre otros, la familia y la escuela. Pero, como pudo observarse, tanto las relaciones de padres e hijos como los procesos de aprendizaje escolar se desarrollan bajo nuevas condiciones.

En el caso de la reforma educacional, se ha enfatizado más el aprendizaje cognitivo y su adaptación al nuevo mundo laboral que otros elementos, como la cultura de cooperación y el civismo, que resultan cruciales para el vínculo social. Las oportunidades para encontrar y desarrollar amistades o para una conversación crítica sobre las imágenes de sociedad que ofrece la televisión formarían parte, hoy por hoy, de una política cultural.

El vínculo social nace en lo personal

A pesar de la evidencia del impacto que tiene la vida privada sobre la vida social, muchas veces se tienden mantos de incomunicación en temas que todos experimentan, pero de los cuales no se habla. Parece indispensable explorar maneras de asumir estos temas “privados” como problemas que interesan a la sociedad en su conjunto. Fortalecer los vínculos sociales supone la existencia de espacios donde la vida personal sea también parte del hablar de la sociedad. Ello implica varias cosas. Supone, por cierto, una disposición a la tolerancia y la no discriminación, a la simpatía y la compasión. Exige también que la sociedad desarrolle los lenguajes adecuados para hablar públicamente sobre estos temas. Una relación más fluida entre vida privada y conversación pública permitiría que las personas contasen con más recursos para enfrentar los desafíos que allí se presentan. Al mismo tiempo, permitiría que las personas reconocieran en lo público la presencia de sus propias vidas. Sólo así se constituye un Nosotros que sea verosímil.

Una cultura de confianza genera seguridad

Sin vínculos sociales es difícil sentirse seguro. Esta es la lección que dejan las vivencias de inseguridad en calles y casas. Como dijera el Informe de 1998, el delincuente sería una metáfora de la desconfianza que suscita cualquier desconocido. Por lo tanto, no habría un sentimiento de seguridad sin mayores niveles de confianza hacia el Otro

anónimo. Y ello presupone cierta experiencia de comunidad que permita visualizar al extraño no como amenaza, sino un miembro más del Nosotros. Este enfoque hace ver que la seguridad pública supone una cultura de la seguridad. Ella surge de dos hechos íntimamente relacionados. Por una parte, de la confianza y autoestima que genera de la pertenencia a un Nosotros fuerte. Por la otra, de la disposición a considerar que aquello que me distingue del Otro no niega la existencia de un fondo común entre ambos. La afirmación de ese fondo común a pesar de las diferencias parece ser una condición necesaria del Nosotros. Enriquecer y dotar de contenidos a este fondo será la misión de un proyecto país.

UNA OPORTUNIDAD PARA LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Podría resumirse el desafío cultural del siguiente modo: es necesario organizar las formas prácticas de la convivencia de manera que provean a las personas de un sentido de pertenencia social; al mismo tiempo, hay que crear un sentido y una representación de Nosotros tal que permita que las personas actúen colectivamente para moldear las formas prácticas de la convivencia.

Esta tarea concierne a todos los actores de la sociedad, y de manera especial a la política. Para ésta constituye a la vez un reto y una oportunidad. Es un reto porque ha de hacerse cargo de las nuevas formas en que la gente demanda sentidos colectivos. Apoyadas en la evidencia de sus experiencias subjetivas, las personas demandan explicaciones frente a aquello que les parece injustificado. Como hoy esas experiencias están muy fragmentadas, la

gente demanda explicaciones por cosas muy puntuales. Un techo que se llueve, una cuenta mal calculada, una espera demasiado larga en un consultorio, una lata de alimentos vencida, un parte de tránsito mal cursado. Aparentemente se trata de demandas privadas que no alcanzan a conformar el tipo de problemas generales que ocupa a la política. Sólo aparentemente, porque el mundo individual no está escindido del político. En sus experiencias subjetivas, cada persona válida o inválida a pequeña escala la imagen de dignidad ciudadana, de protección, de lo público y de la democracia que proclama y representa la política. Desconocer la profundidad, al mismo tiempo subjetiva y social, de las pequeñas experiencias puede llevar a la política a perder legitimidad a los ojos de la gente.

Reconocer la “realidad” subjetiva y social de esas experiencias cotidianas es también una gran oportunidad. La política se volverá significativa cuando brinde al ciudadano las claves de interpretación y significación que le ayuden a encontrar sentido a su vida cotidiana. En particular, debería crear y representar los sentidos que le permitan al ciudadano corriente vincular sus experiencias personales con el proyecto de país deseado y con las acciones públicas que aportan a su realización. Esta mediación no se consigue mediante medidas tecnocráticas o un discurso de la compasión hacia los desventurados, puesto que ambos rompen la relación que une vivencia individual y organización social. Es importante reiterar entonces que es gracias a un imaginario de Nosotros que las personas descubren y realizan las opciones de ser sujeto. De esta manera, cuanto más asuma su dimensión cultural, más “nuestra” será la política.